

Carlos Esplá Rizo o la ética republicana

Pedro L. Angosto Vélez

Si algo podemos destacar de la personalidad de Carlos Esplá, es que representa como pocos el idealismo y la ética del republicanismo español del siglo XX. Escritor notable de los principales periódicos europeos, hombre de acción inmerso en cuantas conspiraciones antecedieron a la proclamación de la Segunda República, a lo largo de su vida hizo del imperativo categórico kantiano una regla de obligado cumplimiento, renunciando reiteradas veces a su interés personal en favor de sus ideales.

Nacido en 1895 en el seno de una familia republicana alicantina, desde muy joven sintió la llamada de sus dos vocaciones: el periodismo y la política, influido por las enseñanzas de dos próceres del republicanismo alicantino: el Dr. Antonio Rico y el poeta Salvador Sellés. Fundador del periódico *El Luchador*, un artículo en el que acusaba a Francos Rodríguez de diversas corrupciones le costaba el destierro a Valencia, no sin antes haber sufrido detenciones y multas por sus escritos y sus intervenciones públicas contra los políticos de la monarquía y el propio rey. En Valencia es acogido calurosamente por los círculos blasquistas de la ciudad y por F. De Azzati, quien de inmediato le abre las puertas de *El Pueblo*, periódico desde el que emprendería furiosas campañas en pro de la unión de los republicanos, contra la neutralidad española en la guerra mundial o contra el clericalismo. La Casa de la Democracia y la redacción de *El Pueblo* fueron dos auténticas escuelas para el periodista alicantino: allí conoció a Blasco Ibáñez, Marcelino Domingo, Roberto Castrovido, Vicente Llorens, los hermanos Just, los Estellés, etc, participando en la reorganización del republicanismo valenciano.

A principios de 1923, el ambiente de Valencia comienza a cansarle y decide marchar a París con una corresponsalía de *Las Provincias*, consiguiendo al poco tiempo hacerse con las de *El Liberal*, *El Heraldo*, *La Voz* y *El Sol*. Desde el Café de La Rotonde, convertido en cuartel general de los exiliados españoles, logra coordinar las



En Valencia con Julio Just, Pascual Leone, etc., 1921

acciones de Unamuno y Blasco Ibáñez —enemigos irreconciliables pero íntimos amigos de Esplá— contra la monarquía, convenciendo a ambos para que escriban sus manifiestos en *España con Honra*, periódico fundado por el propio Esplá y Eduardo Ortega y Gasset. Al mismo tiempo que su prestigio como periodista crece, se va convirtiendo en uno de los principales animadores de las conspiraciones contra la dictadura y en uno de los líderes del destierro parisino, participando junto a Sánchez Guerra en la intentona revolucionaria de 1929 en Valencia —punto de partida del movimiento revolucionario contra la monarquía— y colaborando con Indalecio Prieto, Marcelino Domingo y cuantos exiliados llegaban a la vieja Lutecia en todas las acciones organizadas en favor de la República.

Instaurada la República, prefiere seguir su trabajo como periodista republicano en París. Sin embargo, las presiones de Prieto, Domingo o Azaña le hacen aceptar puestos de responsabilidad para los que tenía poca vocación: gobernador civil de Alicante y Barcelona, subsecretario de Gobernación con Casares Quiroga. Ata su vida a la de Azaña y su proyecto que es también el suyo: modernizar España, hacer que

la España vital, la del trabajo, la de la inteligencia, la del progreso rija por primera vez sus destinos hasta colocarla al mismo nivel de los países más desarrollados, progresistas y justos del continente. En la Subsecretaría de la Presidencia, al lado de Casares y Azaña, le sorprende el 18 de julio. La guerra le sobrecoge y espanta, pero decide quedarse en su país luchando por todo aquello en lo que ha creído desde niño. El gobierno republicano de Giral le encarga diversas misiones de coordinación dentro de la zona republicana: en la Junta Delegada del Gobierno en Valencia y ante la Generalitat catalana, siendo la más arriesgada la que emprendió en solitario en Berlín para poner bajo control del gobierno la embajada española en aquella ciudad, cuyo embajador estaba del lado rebelde. Desde el Ministerio de Propaganda y la Subsecretaría de Estado, cargos que ocupó en el periodo 1936-38, intenta hacer valer la causa republicana en todo el mundo, avisando de los riesgos que tendría para Europa una victoria de las fuerzas totalitarias.



Gobernador civil de Barcelona con Companys, junio de 1931

Tras la guerra se instala en París, donde reanuda sus trabajos periodísticos como corresponsal del periódico bonaerense *Noticias Gráficas*, siendo elegido secretario

general de la JARE. Poco antes de la ocupación alemana marcha a Buenos Aires, ciudad en la que pronto consigue una holgada situación económica como redactor de *Noticias Gráficas* y de la agencia Reuter. Insistentemente le llaman Giral y Prieto para que se traslade a México y les ayude a administrar los fondos de la JARE. Las acusaciones de corrupción contra la Junta son constantes. Decide ir a México y aceptar la proposición de sus amigos a pesar de ser consciente de lo que le espera y lo que pierde. En México forma parte de la JARE hasta su disolución, de ARE y de la JEL, colaborando decisivamente en la elaboración del Memorandum que ésta presentó en San Francisco. Cuando se constituye el Gobierno republicano en el exilio, Giral le quiere a su lado, de ministro, de asesor, de lo que sea. No se niega a ayudar a su compañero y amigo pero renuncia a ocupar cualquier cargo remunerado, pese a la mala situación económica que atraviesa, porque cree que la restauración de los órganos constitucionales en el exilio es un error. Desde 1945 luchará junto a Prieto para conseguir una posición unitaria y pragmática de los exiliados, acorde con la posición de las grandes potencias democráticas, para conseguir el derrocamiento de Franco.

Un tanto desilusionado y apremiado por su situación económica, en 1951 marcha a Estados Unidos como traductor de Naciones Unidas, trabajo en el que permanecería casi hasta el final de sus días sin abandonar nunca su compromiso y sus luchas republicanas. En 1971, después de haber sido uno de los periodistas más prestigiosos de la España de los años veinte y treinta, de haber ocupado altos cargos y de administrar cantidades ingentes de dinero, muere, tras una larga depresión, dejando a sus herederos una pequeña casa, pagada con el dinero que ganó como funcionario de Naciones Unidas, y los libros y papeles de su archivo personal. Carlos Esplá ha sido uno de los alicantinos más sobresalientes de este siglo, sin embargo apenas nadie le conoce. Su memoria ha sido borrada. Una buena forma de recuperarla sería dedicarle una calle de la ciudad a la que tanto quiso.